

## **BOLIVAR Y EL TAMAÑO DE LA HISTORIA**

- \* El Rey Cresco de la grandeza**
- \* La obligación de empujarnos**

La inmensidad de América empujó la magnitud del hombre y de sus obras. Porque desde el Descubrimiento, hasta hace todavía muy poco, el gran desafío del Nuevo Mundo fue la impotencia del hombre ante la naturaleza. El escenario aparecía como demasiado grande para que se advirtieran los hechos humanos. De ahí que durante los cien años de la Conquista, los hechos de nuestra historia tuviesen que ser realizados por semidioses. Tal título merecieron los aventureros venidos de Extremadura y de Andalucía y que se llamaron Cortés y Pizarro Orellana y Quesada y Ponce de León. Fue una constelación de figuras que ennoblecía el principio de nuestra historia.

La época del Virreinato arrancó de esa grandeza inicial y durante doscientos años más mantuvo una dignidad difícilmente alimentada por el paupérrimo aporte de una burocracia metropolitana que era, a un mismo tiempo, leal e infecunda. El Imperio Español se mantuvo más por la persistencia de sus lealtades que por sus hechos hazañosos.

Nuestra guerra de Independencia empezó mal. Actuamos improvisadamente cuando, con retardo que hoy nos parece inverosímil, un bergantín inglés trajo a La Guaira la inexplicable noticia de que un general francés había puesto preso a los monarcas españoles y dominaba la Península. Fue más el vacío de poder que la convicción ideológica o el anhelo libertario del pueblo lo que produjo el primer brote revolucionario. En América se inició una súbita toma de conciencia en torno al inesperado problema de la autodeterminación de los pueblos, que no se había presentado como un fenómeno evolutivo, sino repentino.

Frente al derrumbamiento del Imperio Español, sorprende la reacción pueblerina de la gente. De pronto, unos grupos de vecinos, atolondrados por la noticia de la invasión napoleónica, se encontraron de manos a boca con la historia. Una historia en la que ellos no habían sido autores y cuyo dinamismo les era desconocido. Cuando fue preciso tomar las armas para concretar los primeros anhelos de independencia, las ambiciones de los protagonistas improvisados desataron una ingloriosa guerra de montoneras.

La escena para esa contienda era exigua. Nuestras ciudades eran villorrios, los caminos intransitables, la población dispersa. Las noticias llegaban a pocas leguas de distancia, con demoras de meses. Lo más grave para la acción política era que no había opinión pública ni manera de formarla. Los propios objetivos de la lucha que había que emprender para llenar el vacío político no eran claros ni estaban homogéneamente aceptados.

El peligro en aquella circunstancia consistió en que la lucha por el predominio provocara una sustancial disminución de las estáticas e infecundas magnitudes de la estructura colonial. Lo que de suyo era ya insatisfactorio para mantener una presencia de América ante el mundo, podía aún sufrir un deterioro de las rencillas sin grandeza, motivadas por la codicia y sólo ocasionalmente disimuladas por la ideología. No hubiera sido historia aceptable para nosotros cambiar el destino, ya infecundo, de lo hispánico, por una prolongada reyerta tribal que dispersara nuestras solidaridades culturales. Estuvimos a punto de que ello sucediera.

Fue entonces cuando apareció Bolívar, magnificándolo todo. Era el rey Creso de la grandeza. Todo aquello que tocaba, más que brillo adquiría tamaño. Si en su vida no hubo un episodio de mezquindad, la magnitud de su acción alcanzó para darle dimensiones a lo que le era opuesto. Y por eso, a un mismo tiempo coexistió la inmensidad de su gloria con la abrumadora proliferación de los enanos que se aglomeraron para combatirla.

Bolívar era la unidad en la acción, la certeza del propósito, la superación de los personalismos. Estaba ahí como por mandato divino, haciendo historia grande, estremecedora; para ocupar con sus hechos, durante siglos, la imaginación de las generaciones subsiguientes. De ese meteoro, ascendente hacia la inmensidad, hubo que colgar el resto de nuestra historia. Ningún hombre superó a Bolívar en las magnitudes de su acción; no hubo, tampoco, quién desencadenara tal cantidad de destino. Creó conciencia con los materiales volátiles de una ideología que se nos volvió propia a fuerza de experiencia. Y hubo una madurez inesperada. Todo creció, hasta el infortunio. Pero nos quedamos con un pórtico de gloria que nos acostumbra a lo grande, así el canon que nos fuera fijado nos resultara muchas veces agobiador. Ahora, ciento cincuenta años después de aquel patético ocaso de Santa Marta, todavía nos tenemos que empinar para poder mirar el camino de la historia.

**Extractado de la columna Editorial del periódico El Siglo de fecha 17 de diciembre de 1980  
Por el Dr. Alvaro Gómez Hurtado**